DISCURSO

Leído en la solemne distribución de premios del Colegio de Niñas del Sagrado Corazón, de San Luis Potosí, la noche del 28 de Julio de 1890.

BIEN sabéis, hijas mías, el inmenso gozo que experimento cuando vengo cada año á distribuiros los premios. Al daros la recompensa que con vuestro buen comportamiento y vuestra laboriosidad habéis merecido, á los ojos del mundo y á los vuestros propios, vosotras sois las agraciadas; pero en realidad yo soy quien recibo el galardón de mis afanes, y cada corona con que ciño la frente de quien se ha distinguido por su talento ó aplicación, por su virtud ó sus adelantos, parece que viene á adornar mi propia cabeza.

Hoy, empero, viene á perturbar este gozo triste acontecimiento que, aunque hace tiempo esperado, no por eso ha dejado de conmovernos á todos profundísimamente. Falta entre vuestras maestras la que hoy hace un año con tanto afán adornaba el altar del Señor Sacramentado, y lo preparaba con esmero, para que vinie-

ra Aquel á quien consagráis en último término vuestros trabajos, á recibir los últimos homenajes antes de partir á las indispensables vacaciones. Hace muy pocos días voló al cielo plácidamente; y aunque la muerte de los justos es preciosa á los ojos del Señor y consoladora para los hombres, deja, no obstante, en los que se quedan en este valle de lágrimas, un sentimiento de amargura que crece sin medida cuando se ha recogido el último suspiro y colocado con las propias manos en la última morada. Mal haría, por tanto, en no tributarle un recuerdo que sirva de pésame á sus compañeras y de estímulo á vosotras, oh niñas, en la carrera de la virtud y de las letras.

Supisteis cómo fué su fin. La visteis ese mismo día recibir de rodillas en la Iglesia el Pan de los Fuertes, que esta vez le serviría de viático para el viaje de que no se regresa; adorar más tarde al Augustísimo Sacramento, y trabajar, como siempre, hasta momentos antes de espirar. Lo mismo había hecho en los cuatro años que permaneció en esta casa, á pesar de que su enfermedad la iba consumiendo unas veces con lentitud, otras con una rapidez que nos hacía predecirle una muerte inmediata. En medio de sus padecimientos trabajaba como la más sana y robusta, estaba en pie antes de la aurora, no sólo llenaba los deberes que sus reglamentos le imponían, sino que hacía mucho más de aquello á que se le obligaba, y sentía amarga pesadumbre cuando se le quería eximir de alguna faena. No es tan sólo tejer su elogio lo que pretendo al recordaros estos hechos, sino excitaros, sobre todo, á la laboriosidad, con el ejemplo de la que fué laboriosa hasta la muerte.

Bien conocidos son los elogios que el inspirado Salomón hace de la que él llama mujer fuerte y varonil, joya preciosa más que las finísimas piedras que de lejanas tierras llevaban á Palestina las naves de los mercaderes fenicios. Encomia en ella la caridad y misericordia, y la alaba por sus muchas virtudes; pero la elogia, sobre todo, por su constancia en el trabajo, por su apego á las faenas domésticas, por las industrias de que se vale para que la abundancia reine en su casa, y el jefe de ella esté siempre contento, y se muestre amante de su hogar, y orgulloso de la que lo vuelve tan dulce. No es una mujer entregada al sueño, ni amante de hacer del día noche y de la noche día; no se deleita en el ocio fiada en que otras desempeñarán por ella sus quehaceres, y tiene costureras y bordadoras, criadas y doncellas á su disposición. No es, por cierto (como observa Bossuet), una pobre aldeana, una mujer rústica, y que tiene que ganar el sustento con el trabajo de sus manos. Es esposa de rico senador, de los principales de la comarca, y que tiene á menudo que recibir en su casa selecta sociedad —*nobilis in portis vir ejus quando sederit cum senatoribus terræ.* Su casa está adornada de ricos tapices, espléndidas alfombras, vistosas cortinas, finísimas sobrecamas; pero, notadlo bien, ella misma las ha trabajado con sus propias manos y ha velado más de una noche para llevar á cabo estas faenas que le conservan el amor de su familia y dan lustre á su nombre. *Stragulatam vestem fecit sibi non extinguetur in nocte lucerna ejus.* No hay en su mesa vajillas de oro ni de plata, ni en sus cofres grandes alhajas, ni en su tocador pinturas y afeites; pero nada falta á sus hijos ni á sus domésticos, y del

mismo modo que de ellos, cuida de su persona, y no sólo en la flor de la edad ni en momentos dados en que tenga que brillar entre extraños, sino cuando ya es matrona venerable por su posición y sus años, y cuando á nadie tiene que agradar sino á los que moran en el interior de su casa, se presenta á todas horas limpia y aliñada, y forma con su suave trato, constante afabilidad y cariñosos modales, la delicia de sus inmediatos parientes. No hay peligro de que en mansión tan bien guardada pueda penetrar el vicio: no tendrá que lamentar el descarrío de esposo ó de hijos, ni que sentarse á la puerta á aguardar en vano que vuelvan en toda una noche. Nada alterará la paz interior; ni vendrán enfermedades á contristarlos, no habiendo penas del alma donde todo sobra, donde todo es amor y abundancia. Y todos estos bienes vienen de la laboriosidad, de ese amor á la lana y al huso, *quæsivit lanam*, tan estimada por antiguos y modernos, por cristianos y por gentiles.

Por gentiles, sí, y para que no os figuréis que os dirijo un sermón, y sólo aduzco textos de la Escritura, os citaré á alguno de los que han sido mis autores favoritos. Teócrito, en un hermoso Idilio, así apostrofa á una *rueca* que va á regalar á hacendosa matrona:

Y de Nicias en regalo
Voy á ofrecerte á la esposa,
Rueca mía primorosa
De torneado marfil;
Y tú tejerás con ella
Muchas togas varoniles
Y túnicas femeniles
De ondas y vario matiz.
.....

Porque á casa donde tenga
La ociosidad su morada,
Á tí, en mi tierra criada,
Nunca llevarte juré.

El mismo, en el Epitalamio de Helena, así habla de su heroína:

No hay una que la iguale
Si en la tabla ó papel pinta y dibuja:
Á todas sobresale
Cuando el huso tomando, ó bien la aguja,
Con el estambre trama
Variada tela ó con primor recamo.

Ninguna como Helena
En cuyo rostro brillan los amores
La dulce lira suena.

Al olvidarse, en no pocos de nuestros hogares del día, lo que la Escritura tanto recomienda, lo que los sabios paganos en tanto estiman, se introduce la discordia y la desgracia. En la casa donde la ociosidad tiene su morada, penetran desde luego todos los vicios, hijos de ella según el conocido proverbio. Se acaban la paz, la dicha, el honor, y tras de una vida de penas indecibles viene una eternidad desgraciada.

¡Niñas! En esta casa, con la palabra y con el ejemplo, con sabios reglamentos y amorosas advertencias, se os enseña el trabajo, se os inculca la laboriosidad. Sed fieles á estas prácticas y á estos preceptos cuando, presto ó tarde, volváis al mundo y á la vida de familia.

Sed como esa dama de Mileto que encomia el poeta que acabo de citar, como la mujer fuerte de los Prover-

bios, como la maestra que acabáis de perder. La recompensa mayor que á una vida laboriosa se ofrece, es la que Salomón expresa con estas concisas palabras: *ridebit in die novissimo.* ¿Qué dicha más grande que tener la conciencia pura y tranquila al grado de no temer la muerte y de saludar nuestro día postrero con una apacible sonrisa, señal de la dulce confianza que abrigamos de que el Señor nos va á recibir en su gloria? Sed laboriosas y ganaréis no coronas frágiles como las que ahora he puesto en vuestras cabezas, sino diademas inmarcesibles de sempiterna gloria y honor.

DISCURSO

Leído en la solemne distribución de premios del Colegio de Niñas del Sagrado Corazón de San Luis Potosí, el 28 de Julio de 1891.

SI siempre me ha sido grato presidir estas fiestas de familia, hoy me es doblemente satisfactorio poner sobre vuestras cabezas las coronas que tanto merecéis. En primer lugar, las muestras de cariño que me habéis dado cuando, aunque sin fundamento, os imaginasteis que ibais á perderme, me han conmovido sobremanera y han centuplicado el afecto que antes os profesaba. Además, me siento en medio de vosotras con mayor gusto después de una ausencia comparativamente larga, y acabando de llegar de un viaje emprendido contra mi voluntad y que me alejó de vosotras cuando menos lo pensaba.

No puedo, sin embargo, ocultaros, que una peregrinación, triste en su principio, ha sido después un ma-

nantial de purísimos goces. Para un Prelado, que desde su tierna infancia se consagró al servicio de la Iglesia, es altamente satisfactorio poder servir á esta madre amorosa en los momentos en que pueden serle útiles su actividad y sus trabajos; y servirle con éxito manifiesto, y dando al propio tiempo pruebas inequívocas de ese desinterés que ha de animar á quien es, aunque indigno, sucesor de los Apóstoles.

Á este motivo de legítimo regocijo, se añade otro no menos grande, y que os concierne más de cerca. Por todas partes he podido dar muy buenas noticias de vuestro plantel, en particular, y de toda mi diócesi en general. Vine á ella, como sabéis, dejando sin pesar el oropel de la antigüedad que adornaba mi segundo obispado, y trocando por él este campo que bien calculaba yo sería más fecundo para mis trabajos apostólicos. Tal os dije en mi primera pastoral; y ahora puedo añadiros que os sacrifiqué también la dignidad arzobispal, á que ya desde entonces se iba á elevar la diócesi que abandonaba, y á que muy pronto será sublimada.

No me he arrepentido ni un momento del trueque, y aunque el *inimicus homo* de la Escritura no ha dejado de sembrar la zizaña en mis fértiles campos, éstos han producido ciento por uno desde que empecé á regarlos con mis sudores. Uno de los mejores frutos ¿para qué callarlo? es este establecimiento, que nació grande y ha seguido creciendo más allá de lo que pudimos prometernos. Cada vez que visito otras ciudades, que inspecciono nuevos planteles, que recorro otras escuelas, más complacido quedo de vuestro colegio. No es que yo me figure que sea el mejor, ó aun que pueda ponerse en pa-

rangón con algunos verdaderamente gigantescos. Pero, sin que me ciegue el amor de padre, lo considero un modelo, atendiendo á los tiempos, á las circunstancias, á los lugares.

Ya otra vez os dije que una sola casa, la de la Trinidad de Roma, puede gloriarse de tener una Iglesia tan vasta y bella como la vuestra. Hoy os añadiré que en esa misma casa os envidian la Capilla interior que vosotras poseéis además del Templo público, y de que allá carecen. Os diré que en cierta gran Capital europea, al saber vuestras hermanas que el vasto techo de la Iglesia del Carmen os sirve de patio de recreo y de jardín, y que en esa altura pueden respirar maestras y alumnas de un aire más puro aún que en un vasto parque, intentaron también ellas tener un lugar de recreo semejante. Casi en ningún colegio de los que se hallan en el interior de las ciudades, pueden mostrarse patios ni galerías como los vuestros. Creo no errar al deciros que ninguno presenta la misma doble ventaja del vuestro, de estar al propio tiempo dentro y fuera de la población.

Entretanto, se sigue mejorando y embelleciendo el edificio, con cierta lentitud; pero con constancia: sin gastar sumas ingentes; pero sin exponerse tampoco á esas quiebras ruidosas en que á menudo caen los que emprenden obras colosales aun del género de la nuestra. Aunque este año las enfermedades han afligido á algunas maestras, esto ha sido una excepción que sirve sólo para confirmar la regla general de que vuestra casa es salubre, y el temperamento de casi todas las maestras y alumnas sano y robusto.

La confianza del público sigue favoreciéndonos. ¿Y cómo no, cuando se ven palpablemente vuestros adelantos? Así es que el número de las alumnas crece continuamente y el de las niñas pobres que frecuentan el externado se conserva tan grande como al principio. Las congregaciones que reconocen como centro esta casa se propagan y cumplen fielmente su misión, y con verdadero consuelo veo los trabajos y constancia de las Hijas y de las Consoladoras de María, de las cofrades de Santa Ana, de las señoras que se dedican á la obra llamada de los Tabernáculos.

Con justicia, pues, me enorgullezco de vosotras, y puedo, por dondequiera, proclamar vuestros progresos. Así es que, cuando no ha mucho me preguntaba quien podía mejorar vuestra situación si algo me faltaba, si algo deseaba que se reformase en el personal, en la disciplina, en la enseñanza, yo pude responder con entereza: "Todo marcha á pedir de boca, de todas estoy satisfecho, ningún cambio deseo."

Lo mismo repetí, refiriéndome á todo mi Obispado, cuando el día trigésimo del último Mayo me interrogó el Sumo Pontífice León XIII. Con qué santo orgullo pude decirle que mi diócesi, aunque nada rica, aunque con menos elementos que otras muchas, era quizá la más floreciente de todas las de la República Mexicana. Con qué satisfacción afirmé que las ruedas de la máquina de mi gobierno eclesiástico funcionan perfectamente, que mis establecimientos de educación prosperan, que mis fieles se distinguen por su piedad. Con qué placer escuché de sus angustos labios la promesa de que, puesto que aquí estoy contento, en medio de vosotros he de

permanecer. Si, pues, el Señor me concede todavía algunos años de vida, podremos terminar las obras empezadas y perfeccionar las que ya existen. Para ello cuento con vuestra cooperación y la de vuestras familias, y confío en que la Divina Providencia seguirá bendiciendo á vosotros y á vuestro Pastor.